

Martín Miguel de Güemes, factor decisivo en la gesta sanmartiniana

SEBASTIÁN MIRANDA

Introducción

En 1814 el coronel mayor José Francisco de San Martín comenzó a organizar en Cuyo el Ejército de los Andes. El virrey del Perú dispuso el envío de una importante fuerza militar al mando del general José de La Serna para destruirlo. Martín Miguel de Güemes y sus milicias gauchas fueron los encargados de defender la frontera norte, rechazando a los invasores y convirtiéndose en un factor fundamental para el desarrollo de la gesta sanmartiniana.

La guerra en el norte

Tras el fracaso de la Primera Expedición Auxiliadora al Alto Perú, el Alto Perú y el actual norte argentino quedaron a merced de los realistas. La presencia de grandes contingentes militares en el Perú, dirigidos por el veterano virrey Fernando de Abascal, constituían, junto con el foco contrarrevolucionario de Montevideo, los principales peligros para la nascente revolución. La derrota de Huaqui el 20 de junio de 1811 tornó crítica la situación. El ejército patriota al mando del coronel mayor Manuel Belgrano avanzó hasta Jujuy, pero debió retroceder hacia Tucumán, produciéndose el éxodo jujeño. El generoso pueblo de Jujuy abandonó sus casas y arrasó la tierra para no dejar nada a los realistas. La épica marcha comenzó el 23 de agosto de 1812. El 24 de septiembre de ese año, a pesar de la inferioridad de fuerzas, Belgrano derrotó a los realistas en la batalla de Tucumán. El 20 de febrero del año siguiente los patriotas vencieron nuevamente a los realistas del general Pío Tristán, esta vez en la batalla de Salta. Animado por

los triunfos, el general Manuel Belgrano se adentró en el Alto Perú, ingresando en triunfo a Potosí el 21 de junio. Los contrarrevolucionarios al mando del general José Manuel Goyeneche contraatacaron y vencieron al ejército patriota en Vilcapugio el 1 de octubre de 1813, dispersándolo y provocándole importantes bajas. Belgrano logró reagrupar sus fuerzas, pero fue nuevamente derrotado en la pampa de Ayohuma el 14 de noviembre del año siguiente. Con el Ejército Auxiliar del Alto Perú prácticamente destruido se retiró hacia Tucumán. El 29 de enero de 1814 entregó el mando al coronel José Francisco de San Martín.

El fracaso de las dos campañas militares al Alto Perú motivó al coronel mayor San Martín a organizar una expedición que terminara para siempre con el corazón del poder realista en América del Sur: el Perú. La experiencia le había demostrado la imposibilidad de hacerlo ingresando desde el norte argentino. La guerra debía decidirse atacando desde el océano. Es en 1814, cuando ya había fracasado la segunda expedición al Alto Perú, que José de San Martín comenzó a dar forma al plan continental.

Una vez en el norte, San Martín —que había solicitado al gobierno que entre los refuerzos enviara a Güemes— ordenó al prócer salteño la organización de una fuerza militar en la línea de Pasaje. En su avance batió a las fuerzas realistas del coronel Saturnino Castro en el Tuscal de Velarde. Las milicias de Güemes sitiaron a los realistas que habían ocupado la ciudad de Salta. El aguerrido espíritu de las milicias gauchas fue descripto por el general español García Camba: “Los ataques sobre los puestos avanzados de la ciudad eran frecuentes; la pérdida de toda mula o caballo que se separaba sin escolta era segura: no descansaba, pues, ni de día ni de noche...” (García Camba, 1846, p. 243).

Las acciones del salteño impresionaron a San Martín, quien resaltó las cualidades de mando de Güemes en varias cartas enviadas al gobierno de Buenos Aires. El futuro libertador de Chile le encargó el comando de todas las avanzadas patriotas. Sus meritorias acciones le valieron un nuevo ascenso. Súbitamente San Martín enfermó, siendo relevado por el general José Rondeau, quien se hizo cargo del ejército el 19 de julio de 1814.¹ El 30 de septiembre de ese año Güemes fue ascendido a coronel. Por otra parte, el 10 de agosto el coronel mayor San Martín fue nombrado gobernador intendente de Cuyo.

¹ Era entonces Director Supremo Gervasio Posadas.

La situación para los revolucionarios americanos era cada vez más complicada. El 2 de octubre de 1814 el ejército de Chile, al mando de Bernardo de O'Higgins, fue completamente derrotado en la batalla de Rancagua. Los sobrevivientes cruzaron la cordillera de los Andes recibiendo el apoyo y hospitalidad del pueblo cuyano.

Mientras tanto, se produjeron una serie de desavenencias entre Güemes y el coronel Martín Rodríguez, que motivaron que a comienzos de 1815 Rondeau reemplazara a Güemes como comandante de la vanguardia, entregándole el mando a Martín Rodríguez. Güemes y sus milicias fueron obligados a retroceder a Salta e integrarse al Ejército Auxiliar que operaba en la retaguardia. El 19 de febrero de 1815 el coronel M. Rodríguez fue vencido y tomado prisionero en la batalla del Tejar. Mientras tanto, Güemes avanzó con sus milicias, venciendo a una de las divisiones de J. de la Pezuela en la batalla de Puesto de Marqués el 14 de abril de 1815. El 16 de mayo de 1815 Güemes fue elegido por el Cabildo como nuevo gobernador de Salta. Nuevos conflictos surgieron con Rondeau a causa de la disputa por armamento que Rondeau reclamaba a Güemes. Mientras tanto, el Ejército Auxiliar del Alto Perú continuó avanzando, pero el 20 de octubre de 1815 fue derrotado en Venta y Media.² El 29 de noviembre de 1815 las fuerzas del general Rondeau fueron vencidas nuevamente, esta vez en Sipe Sipe, poniendo fin a la tercera expedición al Alto Perú. A pesar de los auxilios que Güemes prestó al ejército en retirada, surgieron nuevos conflictos. El enfrentamiento con Rondeau se agravó al punto que este último declaró al gobernador de Salta reo del Estado y se apoderó de la ciudad. Güemes replicó sitiando Salta. Los enfrentamientos culminaron el 22 de marzo de 1816, cuando firmaron el Pacto de los Cerrillos, poniendo fin a las hostilidades y acordando los pasos a seguir para organizar la defensa del norte. Esto fue fundamental para el coronel mayor San Martín, como se lo expresó a Tomás Godoy Cruz en una carta del 24 de mayo de ese año en la cual le pedía que acelerara la declaración de independencia:

Más de mil victorias he celebrado la mil veces unión de Güemes con Rondeau, así es que las demostraciones en esta sobre tan feliz incidente se han celebrado con una salva de 20 cañonazos, iluminación, repiques y otras mil cosas (...).

2 En esta batalla participó José María Paz, siendo herido y quedándole inmovilizado un brazo, recibiendo el apodo de "el manco" por este motivo.

¿Hasta cuándo esperamos nuestra independencia? ¿No le parece a usted una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener pabellón y cocarda nacional y por último hacer la guerra al soberano de quien dependemos? ¿Qué relaciones podremos emprender cuando estamos a pupilo? Los enemigos, y con mucha razón, nos tratan de insurgentes, pues nos declaramos vasallos. Está usted seguro que nadie nos auxiliará en tal situación, y por otra parte el sistema ganaría en un 50% con tal paso. Ánimo, que para los hombres de coraje se han hecho las empresas. Veamos claro, mi amigo; si no se hace, el Congreso es nulo en todas sus partes, porque reasumiendo éste la soberanía, es una usurpación que se hace al que se cree verdadero, es decir, a Fernandito. (Zago, 1995, p. 54)

El 24 de marzo de 1816 comenzaron las sesiones del Congreso de Tucumán, que el 3 de mayo designó a Juan Martín de Pueyrredón como nuevo Director Supremo. Consciente de la gravedad del momento que atravesaba la revolución, tomó dos medidas con urgencia. El 15 de junio se reunió en Cobos con Martín Miguel de Güemes, acordando la retirada del Ejército Auxiliar del Alto Perú hacia Tucumán y dejando la defensa de la frontera norte a cargo de Güemes. En la carta enviada a J. Rondeau el 16 de junio Pueyrredón ordenó: "(...) de las piezas de montaña entregará también V.S. dos con su componente de tren y municiones al dicho coronel [Güemes], a cuyo cargo, actividad y celo queda confiada la defensa de las provincias y la seguridad de ese Ejército" (Colmenares, 1998, p. 100). La segunda decisión crucial fue la de dar apoyo al plan continental de San Martín.

Las cartas estaban echadas: San Martín organizaría el Ejército de los Andes en Cuyo, mientras la protección del frente norte quedaría a cargo de las milicias de Güemes. Luis Oscar Colmenares afirmó acertadamente:

No cabe duda que el gobernador de Salta aceptó en Cobos, en la noche del 15 de junio, la delicada misión de impedir que las provincias argentinas cayeran también en poder de España (...). Güemes cumplió exitosamente la misión encomendada: defender las provincias argentinas. A San Martín le cupo otra gloria: ser le libertador de Chile y Perú. (Colmenares, 1998, p. 101)

El plan continental

Para organizar el Ejército de los Andes San Martín se dirigió a Cuyo, haciéndose cargo de su gobierno el 7 de septiembre de 1814. El 6 de mayo de 1815 Güemes había sido elegido gobernador de Salta. En marzo de 1816, comenzaron las deliberaciones del Congreso de Tucumán para declarar la independencia. El 20 de mayo se produjo un hecho decisivo: Tomás Guido presentó su memoria al entonces director supremo J. R. Balcarce, en la que estaban detallados los pasos a seguir para el desarrollo del plan continental que fue aprobado y apoyado por Balcarce y por su sucesor, Juan Martín de Pueyrredón, además de sellado por la entrevista entre San Martín y Pueyrredón los días 23 y 24 de julio en Córdoba. Unos días antes, el 9 de julio, se había declarado la independencia de las Provincias Unidas de América del Sud. El 1 de agosto fue creado oficialmente el Ejército de los Andes. Los diferentes actores y sucesos claves para llevar a cabo el plan sanmartiniano se estaban conjugando.

Sin embargo, la situación se agravó para los revolucionarios. La expedición realista del general Morillo se dirigió a Nueva Granada y aplastó al ejército de Bolívar, obligándolo a refugiarse en Jamaica. La derrota definitiva de Napoleón en Waterloo dejó completamente libre al Ejército Español para sofocar la rebelión de sus colonias.

La Serna, Güemes y el plan continental

Al enterarse de la organización del Ejército de los Andes en Cuyo el nuevo virrey del Perú, Joaquín de la Pezuela,³ le ordenó al veterano general José de La Serna —llegado desde Europa tras haber contribuido a liberar a España del dominio napoleónico—⁴ el mando de una expedición para destruirlo e impedir la campaña a Chile. En el Alto Perú se reunió con los refuerzos traídos de España, que habían vencido al mismísimo Napoleón Bonaparte: los batallones de Extremadura y Gerona, los Húsares de Fer-

3 Asumió en reemplazo de Fernando de Abascal el 7 de julio de 1816.

4 Arribó al puerto de Arica el 7 de septiembre de 1816, compartió el viaje con Tomás de Iriarte, quien dos años después se pasó al bando revolucionario.

nando VII y los Dragones de la Unión. Se formó un ejército de 7.000 veteranos.⁵ Bartolomé Mitre afirmó:

Representaban para España una historia de triunfos inmortales desde la época del Mariscal de Berwich en la guerra de sucesión. Acababan de tomar parte en la famosa guerra de la Península, bajo las órdenes de Castaños, del marqués de Romana, de Blacke, de Beresford y de Wellington, y figuraban a su frente los nombres conocidos ya, célebres después, de Jerónimo Valdez, de Espartero, de Carratalá, de Rodil y de otros, que acababan de vencer a los primeros soldados del mundo mandados por el gran Napoleón, en Vitoria, en San Marcial, en el paso de Bidasoa y en Tolosa de Francia. Estas tropas invencibles y estos ilustres veteranos venían a medirse con unos pobres gauchos rotos y desarmados, que les iban a enseñar lo que todavía no habían aprendido en medio de tantos triunfos. (1946, pp. 63-64)

Mitre acertó al describir la veteranía de las fuerzas que marchaban hacia el norte argentino y que chocarían con las unidades de Güemes, aunque se equivocó cuando afirmó que las tropas del salteño eran gauchos rotos y mal armados, pues el caudillo todo lo había previsto y sus tropas estaban adecuadamente preparadas para afrontar a los invasores. Posteriormente afirmó:

El virrey Pezuela, que como general en jefe después de Sipe – Sipe hallaba que era arriesgada la empresa de invadir a las provincias argentinas, instaba desde Lima a La Serna para que la tentase al menos. Obraba en su ánimo para proceder así la amenaza del ejército de los Andes, que bajo las órdenes de San Martín se disponía a invadir Chile. Pensaba él (y así lo escribía a La Serna) que era conveniente un movimiento ofensivo, no precisamente con ánimo de conquistar, sino para efectuar una poderosa diversión que retrajese a San Martín de su empresa, avanzando al efecto hasta Tucumán o Santiago del Estero si fuese posible (...). (Ibíd., p. 65)

⁵ El Ejército de los Andes, aún en formación, no llegaría a contar con más de 5.500 hombres lo que da una idea del tamaño de la expedición realista.

El Boletín N° 20 de operaciones del Ejército Auxiliar hace referencia a la campaña contra las Provincias Unidas:

Con estos refuerzos ordenó el virrey que se llevase a efecto el antiguo plan de venir con un ejército de seis mil hombres hasta Córdoba, en donde se reuniría con otro igual, que debía salir de Chile por Mendoza y reunidos venir sobre Buenos Aires. (Senado de la Nación Argentina, 1963, p. 13713)

Las fuerzas realistas de Chile atacarían desde el oeste al Ejército de los Andes, mientras que las del Perú lo harían desde el norte. Tras destruir a las tropas del coronel mayor San Martín avanzarían sobre Buenos Aires, terminando con el único foco revolucionario que sobrevivía en América.

En el informe del Departamento de Guerra sobre el desempeño del coronel Luis Burela⁶ se hace la siguiente referencia a la expedición de La Serna:

Organizar un ejército de operaciones de seis a siete mil hombres (...), provisto de todo lo necesario para la marcha hasta Córdoba donde se reuniría otro ejército igual que vendría de Chile por Mendoza; para después reunidos caer sobre Buenos Aires a sofocar la revolución. (Ibíd., p. 13729)

En sus *Memorias* el general J. Miller, camarada y amigo de San Martín, confirmó el objetivo de la expedición: “La Serna había creído practicable ir por tierra a Buenos Aires pues en una carta escrita desde Arica el 12 de septiembre de 1816 dijo formalmente al virrey que se proponía tomar Buenos Aires en el mes de mayo del año inmediato” (Miller, 1997, p. 114).

El destacado historiador Emilio Bidondo coincide con lo expresado:

La directiva que el virrey Pezuela entregada a La Serna le prescribe alcanzar y ocupar Jujuy, Salta y Tucumán; reforzar sus líneas de comunicación y organizar en este último punto una base de operaciones. Logrado esto debe continuar su avance hacia el Sur, sea por Catamarca o por Córdoba, para atraer hacia el Norte al Ejército de los Andes, a los efectos de que los españoles del reino de Chile pudieran pasar la cordillera y ocupar Mendoza.

⁶ Destacado oficial que combatió en las campañas en el norte argentino.

Operada la reunión de los efectivos de Chile y el Alto Perú, el objetivo siguiente debe ser Buenos Aires, para aniquilar en su cuna la revolución del Río de la Plata. (Bidondo, 1989, p. 240)

José Pacífico Otero también hizo referencia a la posibilidad de un ataque realista desde el Alto Perú en combinación con fuerzas de Chile:

Hacia mediados de junio de 1815, supo San Martín por un emigrado chileno que Osorio meditaba una ofensiva sobre las provincias de su mando. Su ejército se encontraba aún en embrión, y a fin de conjurar todo peligro se dirigió al supremo director de estado pidiéndole algunos refuerzos (...). (Pacífico Otero, 1978, T II, p. 106)

En el mismo sentido coincide J. Newton:

Para San Martín, que ya está listo en Mendoza para lanzarse a través de los Andes, a fin de liberar a Chile y al Perú, Güemes, con sus gauchos, es el respaldo único con que cuenta, para que los españoles no logren avanzar desde el Norte sobre el centro de la Argentina, para aislarlo de su base de aprovisionamiento. (Newton, 1986, p. 79)

Antes de avanzar hacia Cuyo La Serna sofocó los núcleos rebeldes en el Alto Perú. Capturó y ejecutó del caudillo altoperuano Vicente Camargo, y el 14 de julio de 1816 murió en combate Manuel Ascencio Padilla. Ante lo crítico de la situación San Martín encargó a Güemes la protección de la frontera norte para evitar la destrucción de su ejército. Así lo expresó en una carta a T. Godoy Cruz el 12 de mayo de 1816:

Soy del parecer de que nuestro ejército debe tomar una defensiva estricta de Jujuy para proteger la provincia de Salta; destacar las mejores tropas con buenos oficiales a esa, organizar en ella cuerpos bien cimentados, promoviendo la insurrección en el Perú y auxiliándola con armas y municiones (...). Crea usted que el enemigo no pasa jamás de Jujuy; este punto estará lo suficientemente cubierto con 700 hombres (...). (Ibarguren, 1950, p. 264)

Esta confianza era fruto de la experiencia militar de San Martín, pero también del contacto que ambos próceres tuvieron mientras el Libertador estuvo a cargo del Ejército del Norte. Mientras tanto, desde Chile se insistía en la necesidad de realizar una invasión sobre Jujuy y Salta para obligar al Ejército de los Andes a enfrentarla y evitar que los patriotas cruzaran la cordillera. El 4 de mayo el mariscal de campo Joaquín de la Pezuela le escribió a Marcó del Pont:

Le remito al mismo tiempo como medida indicada por todos los antecedentes que sin pérdida de momento se ponga en marcha para ponerse en Tucumán y se detenga allí sin pasar adelante hasta observar los movimientos de los insurgentes en todos los puntos que ocupan y cerciorarse bien de sus positivas intenciones, de manera que no puedan caberle la menor duda acerca de estas ni recelo de ser engañado por ellos mismos, ni por los portugueses si viene de mala como lo teme el encargado.

Esta marcha sobre Tucumán y Santiago del Estero, ejecutada con celeridad, es el medio infalible para desbaratar los proyectos de San Martín sobre Chile, si fuere cierto que piensa seriamente en invadirle; porque noticiosos los caudillos de la aproximación de La Serrna, es más natural que se reúnan para resistirle, que el exponerse, si la emprenden por la cordillera, a ser batidos por el frente y la espalda.

Gradúo, pues, que dentro de dos meses a la fecha estará V. S. libre de las amenazas de San Martín y convendrá que V. S. se mantenga en observación de esto para el caso de que él se repliegue sobre Tucumán contra La Serna, haga V. S. un movimiento sobre Mendoza, que traiga su atención. (Olarte, 2019, p. 199)

Las esperanzas de los jefes realistas se verían pronto frustradas. La decisión de Pueyrredón de colocar como eje de las defensas a Güemes y sus milicias y de pasar al Ejército Auxiliar del Alto Perú a Tucumán al mando de Manuel Belgrano⁷ ratificó la postura de San Martín y dejó en evidencia la confianza del Director Supremo en la capacidad militar de Güemes. Manuel Belgrano sostenía la misma postura en una carta dirigida a Güemes el 1 de febrero de 1817:

7 Sus fuerzas estaban muy mermadas, no contando con más de 3.000 hombres.

Sin duda La Serna viene a ciegas de la decisión que existe entre todas las gentes para concluirlo y no menos del país que tiene que andar. Se habrá figurado que aquí se puede hacer la guerra a estilo de Europa; o de que, y esto es lo más cierto, que todos somos indios salvajes y que no entendemos la táctica del Depósito de la Isla de León. Baje cuando quiera con sus cinco mil y tantos hombres que le de la Sierra o con seis mil que le da un pasado, que cuanto más número venga mejor será y se verificará el proverbio a más moros más ganancia. (Weinberg, 2001, p. 497)

En la misma carta anticipaba las tácticas de las milicias que tantos problemas causarían a los realistas y que serían decisivas para el resultado final de la campaña:

Las determinaciones y prevenciones de V. para el caso de que baje el enemigo están muy bien tomadas. A su tiempo diré a V. si vinieren unidos o separados, qué medidas debemos adoptar y que puntos de reconcentración para acabar con ellos por parte o con el todo; entretanto, quisiera Yo que probasen, desde sus primeras marcha, lo que era no comer, ni dormir especialmente con gusto, alarmándolos por su frente, retaguardia y flancos con partidas de oficiales de espíritu capaces de acercarse a ofender por entre los muchos buenos puntos que presentan los bosques en toda su marcha y aún en los campamentos que hicieren por más que se fortifiquen, que es lo que me parece que harán (...) Desengañémonos, nosotros vamos a dar el ejemplo cómo se hace la guerra en un País despoblado y dar el ejemplo para cuanto Ejército quisiere venir de Europa a atacarnos, mientras la gente que lo habite esté decidida a no ser dominada. Esta sola circunstancia, compañero, es la más apreciable: consérvese la adhesión de nuestros paisanos a hostilizar al enemigo y la victoria es nuestra, sin mucha efusión de sangre de nuestra parte. (Ibíd., p. 498)

La amplia experiencia de Belgrano en el norte, la cual el coronel mayor J. de San Martín destacó constantemente y que se refleja en la nutrida correspondencia entre los próceres, fue valorada por San Martín, quien marchó a Cuyo confiado en que el general Güemes protegería el norte y Belgrano lo respaldaría desde la retaguardia en Tucumán.

La invasión de La Serna y la defensa del flanco norte

Ante el avance de La Serna, Güemes preparó a sus fuerzas. La mayor parte de sus hombres eran tropas voluntarias irregulares, milicias. Luis Oscar Colmenares hizo referencia a que, en fechas cercanas a la invasión, Güemes contaba con 6610 hombres, entre los que había una pequeña fuerza de línea (regulares). Distinguió en 1818 la existencia de:

-Estado Mayor, artillería y caballería de línea: 667 hombres.

-Escuadrones de gauchos: 5943 hombres.

Estos últimos no eran fuerzas organizadas al azar que actuaban en forma anárquica. Si bien no eran cuerpos permanentes ya que la provincia no estaba en condiciones de sufragar los gastos, estaban organizados y disciplinados bajo un estricto sistema avalado por reglamentos. Existía además un servicio de maestranza, un hospital, una sastrería y una fábrica de pólvora y municiones. Las principales unidades eran el Regimiento de gauchos de Salta con cinco escuadrones, el de gauchos de Jujuy, el de Infernales de caballería de línea de Salta, el de Partidarios de Veteranos de Salta, el de gauchos de Orán, el Santa Victoria, el San Andrés y la Puna, el de gauchos de la Quebrada de Humahuaca, el de gauchos de la frontera de Rosario, el de Granaderos a caballo de Salta, el batallón peruano y el Coronela y el escuadrón de salteños, los coraceros de Salta y los dragones de vanguardia. Además, había unidades ligeras llamadas “corsarias”, con los nombres Coronela, Corsaria, Valor Pirata, Nazareno, Güemes y Gobernador.

Para poder abarcar el amplio frente, Güemes lo dividió en tres sectores: el de Tarija, a cargo del teniente gobernador Francisco de Uriondo; el comprendido entre Orán y Humahuaca, controlado por el comandante Manuel Eduardo Arias; y el que abarcaba Humahuaca, Yaví, Rinconada, Casabindo y Quebrada del Toro, bajo la dirección del coronel mayor Juan José Fernández Campero, marqués de Yaví.

El 12 de septiembre de 1816 el general La Serna escribió confiadamente al virrey Pezuela: “Creo podría lisonjearme al asegurar a V.E. formaría un cuerpo de ejército capaz de entrar con él en Buenos Aires para el mes de mayo del próximo año, siempre que las circunstancias políticas y topográficas lo permitan” (Colmenares, 1998, p. 121). Tras arribar a Santiago de Cotagaita el 12 de noviembre, concentró sus fuerzas en Suipacha. Previamente sus lugartenientes habían enviado destacamentos que chocaron con los patriotas para tantear las defensas. Güemes, conocedor de los planes de La Serna, lanzó partidas en todas direcciones para seguir de cerca sus movimientos. Al tomar contacto con las avanzadas realistas se

produjeron los siguientes combates: Colpayo el 15 de septiembre, donde el capitán Rivero, con 42 hombres, aniquiló a una partida de 100 realistas; Tilcara el 19 del mismo mes, cuando el comandante José María Pérez de Urdininea atacó a un destacamento enemigo al mando del coronel Marquiegui, poniéndolo en fuga. Finalmente, el 23 de septiembre Marquiegui fue nuevamente vencido, esta vez en Huacalera, retirándose hacia Yaví.

El 15 de noviembre se desarrolló el primer encuentro de importancia cuando el comandante de la vanguardia realista, el general Pedro Antonio Olañeta, con 3000 hombres, sorprendió a las fuerzas del coronel mayor Juan José Fernández Campero en Yaví, destruyendo la división de 800 hombres por completo. La situación se agravó más cuando el 21 de noviembre Ignacio Warnes, héroe de la guerra en el Alto Perú, murió combatiendo en las proximidades de Santa Cruz. Liberado de enemigos en su retaguardia, Olañeta continuó su avance y el 25 de diciembre de 1816 sus avanzadas ocuparon la ciudad de San Salvador de Jujuy, siendo hostilizados durante todo el trayecto por las partidas de caballería patriotas. El general García Camba describió las tácticas de las milicias gauchas:

Los gauchos eran hombres bien montados y armados todos de machete o sable, fusil o rifle, de los que se servían alternativamente sobre sus caballos con sorprendente habilidad, acercándose a las tropas con tal confianza, soltura y sangre fría que admiraban a los militares europeos que por primera vez observaban aquellos hombres extraordinarios a caballo, y cuyas excelentes disposiciones para la guerra de guerrillas y de sorpresa tuvieron repetidas ocasiones de comprobar. La incansable perseverancia de los gauchos era un justificativo más del estado de hostilidad en que se hallaba el país, bien distinto a la verdad de lo que había sido en épocas anteriores; pero el denuedo con que las tropas españolas se lanzaban sobre esa clase de jinetes, individuos valientes, les valió un crédito de grande importancia para el resto de la campaña.

(...) Entretanto los gauchos, individuos valientes, tan diestros a caballo que igualan, si no exceden, a cuanto se dice de los célebres mamelucos y de los famosos cosacos, tuvieron en continua alarma al cuartel general y sus puestos avanzados, sosteniendo diarios combates más o menos empeñados que, sobre el cansancio que producían estas frecuentes y poco importantes refriegas, causaban la pérdida de muy bravos oficiales y soldados sin con-

seguir nunca los españoles poder dar un golpe decisivo, porque una de las armas de estos enemigos consistía precisamente en su facilidad para dispersarse y volver de nuevo al ataque, manteniendo a veces desde sus caballos y echando pie a tierra y cubriéndose con ellos un fuego semejante al de una buena infantería. (García Camba, 1846, pp. 231-240)

Olañeta ingresó a la ciudad el 6 de enero del año siguiente. El ejército realista contaba con unos 4500 hombres y 12 piezas de artillería. Mientras tanto, Güemes continuaba la movilización de sus milicias para detenerlos. Sus fuerzas estaban perfectamente organizadas. Las partidas numerosas cubrían todo el frente que iba desde el noroeste de Salta hasta Nueva Orán sobre el Bermejo, destacándose la facilidad con la que podían reunirse o dispersarse de acuerdo a las órdenes de sus jefes. En las zonas de más difícil acceso se ubicaban los depósitos de armas y municiones, los víveres, medicamentos y caballadas de reemplazo.

Para contrarrestar los movimientos envolventes de los escuadrones y partidas, Olañeta destacó al coronel Marquiegui con un batallón y un escuadrón⁸ para proteger el flanco izquierdo de la línea de comunicaciones realista. Para ello previamente habían fortificado el poblado de Humahuaca que servía como punto de contacto con las bases logísticas en el Alto Perú. Güemes destacó al coronel Manuel Eduardo Arias para detenerlo, reforzado por una división del capitán Juan Antonio Rojas. Durante todo el trayecto los realistas fueron hostilizados, produciéndose entreveros en Abra de Zenda, Orán (13 de enero), Las Piedras (15 de enero), río Sora Sora (17 de enero), San Lorenzo (19 de enero), río Negro (al día siguiente) y en la sierra de Zapla (en la noche del 21 al 22 de enero). El desgaste sufrido le llevó a la pérdida de más de 200 hombres y obligó a Marquiegui a intentar retornar a Jujuy. Preocupado por la suerte de su subordinado y cuñado, Olañeta salió de Jujuy para apoyar la retirada de Marquiegui, tomando contacto en Reducción, a unas 20 leguas de la ciudad. A los pocos días arribó La Serna con el grueso del ejército. Con sus fuerzas concentradas en Jujuy quedaron aislados, siendo hostilizados por las partidas de los comandantes Urdininea, José Apolinario Saravia, Latorre y José Francisco Gorriti. Se produjeron fuertes combates en las zonas cercanas a la ciudad, entre ellos el de San Pedrito, donde los realistas perdieron 100 hombres. El contraste fue tan importante que La Serna decidió evitar las salidas de la ciudad.

8 Unos 600 hombres en total.

Mientras tanto, la situación de los realistas en Chile se tornó crítica. El 12 de febrero de 1817 el coronel mayor San Martín venció a Marco del Pont en la batalla de Chacabuco. Martín Miguel de Güemes y sus milicias gauchas ya estaban cumpliendo su objetivo principal. Habían detenido al ejército contrarrevolucionario y permitido que el Ejército de los Andes se organizara y realizara el cruce de la cordillera sin ser hostilizado desde el norte.

El aislamiento de La Serna era cada vez mayor e hizo que la situación se tornara crítica. Güemes lo sabía y aumentó más los problemas de los realistas cuando ordenó al coronel Arias la toma de Humahuaca con el fin de cortar las comunicaciones y la llegada de pertrechos desde el Alto Perú. Arias obtuvo detallados informes sobre las fuerzas enemigas gracias a los datos que le aportó la población local. El 1 de marzo de 1817 al amanecer atacó sorpresivamente, con 150 gauchos, la población fortificada defendida por 130 realistas con siete cañones. Para la acción dividió a sus tropas en tres columnas, cada una compuesta por 50 hombres. La primera era dirigida por el capitán Hilario Rodríguez y tenía como objetivo la toma de las piezas de artillería. La segunda, bajo el comando del teniente Ramón Portal, atacó el cuartel. La tercera, al mando del propio Arias, actuó como reserva. Durante la noche reconocieron prolijamente las posiciones enemigas sin ser sentidos. Tan sorpresiva fue la acción que las fuerzas de Rodríguez alcanzaron las piezas de artillería sin siquiera dar tiempo a sus servidores a que las utilizaran. Arias, a su vez, sin mayor resistencia, tomó el depósito de pólvora. El combate más reñido se desarrolló en el cuartel. Portal fue reforzado por Arias y tras una hora y media de batalla los defensores se rindieron (Senado de la Nación Argentina, 1963). Los realistas fueron completamente vencidos, quedando 24 muertos y 92 prisioneros. Enterado de la acción La Serna envió dos columnas al mando de Olañeta y Centeno con dos batallones y un escuadrón por la ruta de Orán que, hostigadas sin cesar por las milicias de Arias, se vieron obligadas a regresar a Jujuy.

En la ciudad los realistas sufrían el hambre y el ataque de las partidas de caballería. Enterado de la situación, el Virrey Pezuela envió como refuerzo al Regimiento de Extremadura y al Segundo Escuadrón de Cazadores. A su vez le ordenó a La Serna avanzar inmediatamente hacia Tucumán. El 13 de abril La Serna abandonó Jujuy y puso rumbo a Salta. Marchó con 2500 hombres del Regimiento Imperial Alejandro, el Batallón Gerona, los escuadrones de Húsares de Fernando VII, el de Dragones de la Unión, el de Cazadores a Caballo y el de Granaderos de la Guardia con 4 piezas de artillería de montaña. En la ciudad quedó Olañeta con su división para guar-

necerla. Ni bien iniciaron la marcha fueron atacados por la división del comandante Apolinario Saravia. Esta fuerza maniobró dividida en pequeñas partidas que picaron las columnas desde la retaguardia y los flancos, actuando en forma coordinada, atacando fuzazmente e internándose en los montes de espinos cuando los realistas intentaban presentarles batalla. En otras oportunidades se concentran y atacan como una gran unidad, obligando al enemigo a formarse solo para desaparecer ante el primer amague de contraataque. Poco después reaparecían nuevamente, en forma de pequeños destacamentos, y así sucesivamente, convirtiendo el desplazamiento de las columnas en una pesadilla. Al finalizar el primer día de marcha los realistas acamparon en un paraje denominado La Cabaña, donde fueron hostilizados también durante la noche. Al día siguiente reanudaron la marcha, siendo hostigados incesantemente por el gauchaje, cada vez más numeroso:

Todos los accidentes del terreno que contribuyen a dificultar el desenvolvimiento de los realistas, actúan como factores de pro para los gauchos, que unas veces aparecen en grupo y otras veces individualmente, para cargar sobre los flancos de la columna enemiga, haciendo fuego con sus armas, para luego desaparecer entre la selva, que le pican constantemente la retaguardia; que le disputan el cruce de los ríos, que no podrán evitar en última instancia, pero que causa demoras y bajas incalculables a un enemigo que tiene la urgencia de llegar a su destino, y al que no le dejan en paz ni de día ni de noche.

(...) Así, por ejemplo, mientras que los españoles comienzan su tercer día de marcha –15 de abril de 1817–, se produce una aparente calma en el ataque del enemigo, pero cuando están aproximándose a La Caldera, todas las partidas de gauchos, que han actuado en forma dispersa, se reconcentran para atacar de frente a la columna invasora, como si estuviesen dispuestas a disputar el paso en un combate frontal. (Newton, 1986, p. 105)

El ejército de La Serna llegó a la llanura de Castañares, cerca de Salta. El propio Güemes, con 1200 jinetes, salió a cortarles el paso. La Serna dividió sus fuerzas en tres columnas dispuesto a presentar batalla. Los realistas iniciaron el ataque solo para ver cómo las milicias gauchas desaparecían. Pocos minutos después reaparecieron en forma de pequeñas partidas, atacando a los sorprendidos invasores desde diversos ángulos. El 15 de abril,

agotado y desgastado, La Serna ingresó a Salta perseguido hasta el mismo centro de la ciudad por las partidas de caballería, perdiendo cuarenta hombres en los combates. Unos días antes, el 5 de abril, los realistas en Chile sufrían un nuevo contraste, esta vez en Curapaligüe,⁹ siendo vencidos por las fuerzas de Las Heras, que ese mismo día ocupó la ciudad de Concepción. El 5 de mayo los patriotas lograron una nueva victoria: la de Gavilán, en el sur de Chile.¹⁰

Las milicias gauchas pusieron sitio a Salta impidiendo a los realistas salir para hacerse de víveres. La Serna solamente dominaba el terreno que pisaba. Martín Miguel de Güemes estableció su cuartel general a 10 leguas al sudoeste de la capital y desde allí dirigió las operaciones, a la vez que se puso en comunicaciones con Manuel Belgrano, que desde la retaguardia dirigía el Ejército Auxiliar del Perú acantonado en Tucumán. Este último le envió los pertrechos que necesitaba, pues ya estaba escaso de municiones. A su vez, dispuso la partida de una expedición militar para hostigar la retaguardia de La Serna. Gregorio Aráoz de Lamadrid, con 400 hombres y dos cañones, comenzó a operar en las espaldas de los invasores para dificultar sus comunicaciones con el Alto Perú, bloqueando la llegada de hombres y pertrechos. El mismo día que los realistas ingresaron en Salta Lamadrid tomó la ciudad de Tarija, matando 50 enemigos y tomando 294 prisioneros. El 20 de mayo sorprendió y capturó a una partida de 50 a 60 realistas en Cachimayo. Nueve días después atacó Chuquisaca, una de las principales ciudades del Alto Perú, pero fue rechazado debiendo retirarse. Finalmente, el 12 de junio fue completamente vencido en Sopachuy.¹¹ Con lo que quedaba de sus fuerzas se reincorporó al Ejército Auxiliar del Perú. Pese a la derrota final, la expedición de Lamadrid contribuyó a complicar la situación de La Serna, dificultando la llegada de refuerzos y víveres indispensables para los realistas.

Con el paso de los días los problemas de La Serna eran cada vez mayores. El virrey Pezuela envió órdenes urgentes desde el Perú: debía avanzar inmediatamente y enfrentar al Ejército Auxiliar acantonado en Tucumán para presionar al Ejército de los Andes que operaba en Chile. Debía abrir un nuevo frente de guerra que obligara a retirar fuerzas de Chile para en-

9 El Ejército realista tuvo siete muertos, el patriota cuatro. Las fuerzas contrarrevolucionarias eran dirigidas por el general Ordoñez.

10 Los realistas tuvieron 118 muertos y 80 heridos. Los patriotas sufrieron la muerte de 6 hombres y otros 62 resultaron heridos.

11 Paraje ubicado a 120 kilómetros al sudeste de Chuquisaca.

viarlas al norte y así aliviar la presión sobre las unidades contrarrevolucionarias que operaban en el país trasandino. Para poder cumplir con las órdenes La Serna necesitaba de víveres y caballadas. Organizó tres columnas que debían avanzar sobre las afueras de la ciudad y obtenerlos. La primera, al mando el coronel Vigil, partió de Salta el 17 de abril de 1817; la segunda, comandada por el coronel Castro, lo hizo al día siguiente; y la última, dirigida por el coronel Carratalá, lo hizo el 19. La reacción de las milicias gauchas fue instantánea y contundente. Las columnas fueron atacadas por las partidas de caballería, las tres debieron retornar rápidamente a la ciudad para evitar su aniquilación.

La Serna ordenó al general Vicente Sardina,¹² uno de sus oficiales más capaces y experimentados, ponerse al frente del Batallón Gerona¹³ —uno de los más aguerridos y veteranos— y avanzar sobre el campamento de Güemes del Bañado para obligarlo a presentar combate y decidir la campaña en una gran batalla. Los realistas abandonaron Salta el 20 de abril. Los vigías alertaron a Güemes sobre la partida de la expedición, por lo que ordenó a la división del comandante Luis Burela cortar el avance de los invasores, a la vez que mandó a las milicias que sitiaban Salta a que aprovecharan la partida de esta importante fuerza para redoblar sus ataques. El 21 de abril, la división de Burela atacó a Sardina en Los Cerrillos. Burela fue apoyado por la división del comandante Pedro Zabala, atacando nuevamente a Sardina en Casa de Gauna. Los patriotas fueron rechazados y los valientes del Batallón Gerona continuaron avanzando hacia El Bañado. Al llegar a las proximidades del paraje se encontraron con la división del comandante Latorre y nuevas partidas enviadas por Güemes. Sardina dispuso la formación de su división en orden de batalla y envió una compañía de granaderos para proteger su ala derecha. Imprevistamente aparecieron las partidas de infernales dirigidas por el capitán Rojas y de gauchos del alférez Leytes, que aniquilaron a los granaderos. Rápidamente las unidades de Güemes desaparecieron en el terreno. Los realistas ocuparon El Bañado, pero no encontraron a las fuerzas de Güemes, que rápidamente se replegaron para continuar hostigando desde otros puntos a los invasores. Estos se dirigieron hacia el poblado de Chicoana. Sorpresivamente las milicias de Rojas y Leytes cargaron frontalmente contra los realistas y en

12 Había arribado con refuerzos a Jujuy el 2 de abril de 1817. En esos momentos se calcula que el Ejército de La Serna estaba compuesto por unos 5.460 hombres. Para tener una idea de su magnitud diremos que era superior en número al Ejército de los Andes. A esto hay que agregar que la mayor parte de sus hombres eran veteranos de las campañas en Europa contra los ejércitos de Napoleón Bonaparte.

13 Con 500 infantes, 180 de caballería y 1 pieza de artillería.

la acción quedó mortalmente herido al Sardina. A la vez otras partidas atacaron la retaguardia. En los combates murió el valiente alférez Leytes. La expedición continuó hacia la Quebrada de Escoipe, en procura del núcleo de las fuerzas de Güemes. Sardina fue reemplazado por el coronel Antonio Vigil. Durante el trayecto fueron emboscados incesantemente por las milicias.

Ante lo crítico de la situación Vigil decidió retornar a Salta. Empezó la retirada por un camino escabroso que con el fin de dificultar las acciones de la caballería. Burela ordenó a parte de sus hombres operar a pie y continuar hostigando a los invasores. El 22 de abril, al llegar al paraje Llano del Rosario, 1000 gauchos cargaron desde los flancos diezmado a la infantería, que pudo salvarse gracias a la formación de cuadros que repelieron las cargas finales que de tener éxito habrían determinado su exterminio. En el legajo del destacado general Pablo Latorre consta:

Los españoles, aunque era menos su número, cuando llegaron al borde del bajío en que los esperaba Güemes, habían perdido su alineación por el ansia de cuál primero aprisionaba a los gauchos y se hacía de caballos; y Güemes, aprovechando el momento y sin darles tiempo para reorganizarse, y llevando bien formada su tropa mientras aquellos estaban en desorden, los cargó con tal ímpetu, que los llevó acuchillando hasta que se guarecieron bajo los fuegos de la infantería.

Al presenciar Sardina el contraste de toda su caballería, ordenó en el acto formar cuadro, salvando así, que los patriotas acuchillasen también a su infantería, perdiendo toda la división. Desde ese momento ya no fue posible que la caballería española diese frente y cargase a los gauchos para alejar los fuegos que se hacían sobre el cuadro. Conforme los gauchos se preparaban a cargarla, se pasaba otro lado del cuadro, cambiándose de la izquierda a la derecha, y del frente a retaguardia, aludiendo de este modo el golpe en cada lance.

De esta manera las fuerzas de Salta al mando de Güemes obligaron a balazos ese día a las tropas del Rey a entrar a la ciudad después de una marcha de seis u ocho leguas en cuadro. El general Sardina recibió una herida mortal, de la que al siguiente o subsiguiente día falleció en Salta. En esta jornada tuvo el ejército real una baja de 300 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. (Senado de la Nación Argentina, 1963, p. 13718)

A duras penas la división realista retornó a Salta, habiendo fracasado en el cumplimiento de sus objetivos. Impotente ante los ataques de Güemes, dueño solamente del terreno que pisaba, con sus fuerzas sufriendo una derrota tras otra en Chile y en el norte y con Lamadrid operando en su retaguardia, La Serna evacuó Salta. Antes envió una expedición al mando del general Valdez con el fin de obtener los víveres necesarios para largo trayecto hacia el Alto Perú. La columna se dirigió hacia la Quebrada del Toro, donde se apoderó de unas 100 cabezas de ganado. Sin embargo, la salida de Salta de las fuerzas de Valdez fue vista y aprovechada por las partidas de los comandantes Saravia y Zabala para apoderarse de 150 mulas de carga del corazón de la misma ciudad. Durante el retorno a Salta, Valdez perdió 15 hombres. Figueroa Güemes afirma:

Güemes gobernador de la provincia y Comandante general de sus fuerzas, puso su campamento de 600 a 800 gauchos (uno contra diez fue la proporción) al frente de la ciudad de Jujuy a distancia de cinco o seis cuadras, con el Río Chico de por medio, a impedirle el paso. Los españoles al ver esto miraron con el mayor desprecio la actitud que tomaba Güemes, calificándola por una de las aberraciones de Don Quijote; pero al mes o poco más tuvieron una baja como de mil hombres, entre muertos y prisioneros, causada por repetidos combates parciales, varios de ello cuerpo a cuerpo y brazo a brazo, que les hizo conocer la imposibilidad de continuar hasta Córdoba (...). (Figueroa Güemes, 1970, p. 140-141)

Sabedor de los planes de La Serna, Güemes distribuyó sus fuerzas para atacar al ejército realista, que pronto iniciaría el repliegue a Jujuy, a la vez que reforzó al sitio a esta última ciudad, para impedir el contacto entre La Serna y Olañeta. Como hemos visto, este último había quedado a cargo de la guarnición jujeña. Al anochecer del 4 de mayo de 1817 los realistas comenzaron la evacuación de Salta. El primero en salir fue el coronel Carratalá, conduciendo a los heridos y enfermos. Al día siguiente partió el grueso del ejército encabezado por La Serna. La persecución de las partidas de Güemes fue implacable, hostilizando al ejército realista y destruyendo no sólo sus recursos, sino también su moral. El capitán Torrente, integrante de la expedición, relató:

Fue entonces cuando el lazo y las boleadoras comenzaron a desempeñar un servicio aterrador entre las armas de los argentinos.

A cada encuentro, seis o más hombres, oficiales sobre todo, salían arrebatados de los entreveros y de las filas realistas, a perecer espantosamente arrestados y deshechos al correr tendido de los caballos. Los gauchos caían a centenares a cada descarga de los batallones realistas. Pero también ¡qué importaba! Enardecido el entusiasmo popular, sus pelotones pululaban cada vez con mayor número de combatientes, que siempre ágiles y arrojados para el ataque y para la fuga, como los enjambres de golondrinas cuando persiguen al gavián, iban tenaces de día y de noche sobre los costados de la columna enemiga, hasta que mezclados unos con otros entraron batiéndose por las calles de la ciudad de Salta y sembrándolas de cadáveres el 15 de abril de 1817. (Figueroa Güemes, 1970, p. 142)

El 6 de mayo, La Serna ingresó a Jujuy y ordenó a Olañeta adelantarse hacia la Quebrada de Humahuaca para asegurar el camino por el que luego se retirarían al Alto Perú. El 13 de mayo los realistas iniciaron el repliegue desde Jujuy. Olañeta avanzó hasta Tilcara, donde fortificó la posición para facilitar el desplazamiento del grueso del ejército. Fue constantemente atacado por las milicias de caballería, destacándose en las acciones las fuerzas de los comandantes Rojas y Saravia. El 21 de mayo de 1817 La Serna abandonó Jujuy con el núcleo del ejército. Los ataques contra las columnas en retirada fueron encabezados por el comandante Arias. La persecución de los realistas continuó hasta Tilcara, donde debió detenerse por la falta de caballos y municiones. La invasión que pretendía destruir al Ejército de los Andes y entrar triunfalmente en Buenos Aires, acabando con el movimiento revolucionario, había fracasado. El otrora poderoso ejército de veteranos de La Serna se batía en retirada, perdiendo gran parte de sus hombres en la empresa, todas sus cabalgaduras y la mayoría del armamento con el que había iniciado la campaña. En el informe sobre los servicios del comandante Burela se sintetiza el resultado de la campaña y su trascendencia para el desarrollo del proceso de independencia argentino:

En esa memorable y heroica campaña que sostuvieron las milicias de Salta y Jujuy al mando de Güemes por espacio de cinco o seis meses, batallando solas, sin refuerzos de nadie, día por día en la notable diferencia de un paisano veteranos, se ejecutaron acciones tan valerosas y brillantes como las mejores que hasta el día se renombran de los antiguos griegos y romanos (...). Para

abreviar sólo diré en compendio, que el ejército real perdió en ella de 60 a 70 entre jefes y oficiales, entre muertos y prisioneros: como tres mil quinientos hombres de tropa, entre muertos, prisioneros y pasados: de 800 a 1.000 caballos superiores de pelea: de mil doscientas a mil quinientas mulas, entre las de arriería y las de marcha de los soldados de caballería: casi todas las municiones y pertrechos, tanto de la infantería como de la artillería: la mayor parte de los bagajes y del tren de parque y maestranza; y los caudales que se gastaron y, consumieron tanto en dinero (que pasó de un millón) cuando en los demás aprestos y útiles del ejército, que entre todo pasó de tres millones de pesos fuertes. Con este quebranto y la pérdida de parte del Rey, obtuvieron la salvación de la Independencia en esta época las milicias voluntarias de Salta y Jujuy con Güemes a la cabeza (...). (Senado de la Nación Argentina, 1963, p. 13733)

Bartolomé Mitre afirmó:

Así terminó esta famosa campaña, la más extraordinaria como guerra defensiva ofensiva, la más completa como resultado militar, la más original por su estrategia, su táctica y sus medios de acción, y la más hermosa como movimiento de opinión patriótica y desenvolvimiento viril de las fuerzas, de cuantas en su género puede presentar la historia del nuevo mundo. Salta correspondió a las esperanzas que en ella había depositado la República entera, y el caudillo que la dirigió en esta desigual y gloriosa lucha se hizo acreedor a la corona cívica y a la gratitud de sus conciudadanos. (Mitre, 1946, pp. 111-112)

Nuevas invasiones y el martirio de Güemes

El fracaso de la expedición de La Serna permitió el desarrollo de la campaña sanmartiniana que llevó la libertad a Chile. El flanco norte había sido asegurado por el ejército de Güemes. Esta había sido su enorme contribución al desarrollo del plan continental. Sin embargo, no solamente colaboró de esta manera. Previamente, su actuación había sido decisiva en los combates que permitieron detener las sucesivas expediciones que

desde el Perú pretendían llegar hasta Buenos Aires y terminar con la revolución. Pero aún Güemes y sus gauchos estaban dispuestos a dar más. En los años siguientes, los realistas intentaron nuevamente ocupar el noroeste argentino.

En agosto de 1817, el general Olañeta, con mil hombres, avanzó sobre Tilcara y Humahuaca, siendo atacado constantemente por las partidas de Güemes. Sin poder vencer la resistencia de los indomables gauchos, el 3 de enero de 1818 inició la retirada hacia el Alto Perú.

En enero de 1818, el Olañeta y el coronel Valdez comenzaron las operaciones sobre el norte argentino, junto a 2400 hombres, con el fin de llegar hasta Tucumán, presionar al Ejército Auxiliar y obligar al de los Andes a enviar refuerzos –sustrayéndolos de la campaña que se desarrollaba en Chile– para facilitar las acciones de los realistas allí. El 14 de enero, Olañeta tomó Jujuy, pero nuevamente la reacción de las partidas de Güemes que sitiaron la ciudad lo obligó a volver al Alto Perú. Dos días después de ocupar Jujuy los realistas se retiraron, la persecución fue implacable. Los invasores sufrieron más de 300 bajas y perdieron gran cantidad de material. El 5 de abril de 1818, el general San Martín venció al ejército realista en Maipú, con lo que aseguró la libertad de Chile.

A comienzos de 1819, los generales Olañeta y Canterac concretaron una nueva invasión al norte argentino. El 26 de marzo, el ejército realista penetró en Jujuy, solo para abandonarla a las pocas horas ante el incesante ataque de las milicias de Güemes.

Durante los primeros días de 1820 un poderoso ejército de más de 4000 hombres, dirigido por el general Ramírez Orozco, partió del Alto Perú con el fin de invadir el noroeste. La situación era compleja, el general San Martín había completado su campaña en Chile y se aprestaba para avanzar hacia el Perú. A su vez el Ejército Auxiliar del Alto Perú se había retirado hacia Buenos Aires, convocado por el Directorio para participar de la guerra civil. La defensa de la frontera norte quedó completamente a cargo de las fuerzas del caudillo salteño. El 28 de mayo los invasores tomaron Jujuy e intentaron avanzar sobre Salta. Durante el trayecto fueron atacados por las partidas de gauchos, produciéndose fuertes combates. Entre ellos se destacan el de Cuesta de la Pedrera el 8 de junio, donde las fuerzas de Güemes pusieron en fuga a nada menos que 2000 realistas –esto da una idea del grado de organización alcanzado por las partidas del caudillo salteño– y el de Yala, donde fueron abatidos 60 realistas y otros 200 heridos. Los continuos reveses obligaron a La Serna a ordenar la retirada.

El 29 de agosto, zarpó de Valparaíso la expedición libertadora del general San Martín, poniendo rumbo hacia las costas del Perú para acabar defi-

nitivamente con el foco realista que tanto amenazaba la revolución. La segunda fase del plan continental del gran capitán estaba en marcha. El 11 de septiembre el grueso del ejército libertador desembarcó en Pisco. En octubre el general Antonio Álvarez de Arenales inició las operaciones en la Sierra con el fin de sublevar el sur del Perú.

En marzo de 1821, De La Serna ordenó una nueva invasión al norte. Olañeta y Marquegui fueron puestos bajo el comando del ejército realista. Unos días antes, el 1 de enero, el comandante general en jefe del ejército español en el Alto Perú, general Juan Ramírez y Orozco, le escribió al ministro de Guerra de España:

Por vía de Arequipa y con referencias a algunas cartas que se han recibido allí de Lima, se de positivo la desagradable ocurrencia de que el batallón Numancia se pasó a los enemigos el 2 de diciembre último.

Este contraste es considerable y tan trascendental en las tropas del Perú, unido a la pérdida de la fragata de guerra Esmeralda y a la toma de Guayaquil por la intriga y la contrarrevolución de la guarnición ha influido en los habitantes fieles de la América un descontento general, un vivo disgusto y una desconfianza de perder para siempre las esperanzas del buen éxito de las armas nacionales.

Agrégase a esto la fuerza moral que San Martín ha conseguido por tamañas ventajas y lo predispuesto que está el espíritu público a oponerse a todo esfuerzo, ya por el temor que mucho les asiste, ya por la propensión de la mayor parte del sistema revolucionario, y ya por el recelo que todos casi generalmente tienen de considerar infructuoso todo sacrificio que parte de la impunidad de nuestros actuales recursos.

El plan general de los traidores era asesinar al comandante general, jefes y oficiales de la vanguardia, y llamar después al caudillo Güemes que viniese a apoderarse del Alto Perú (...). Es indudable que el plan de los enemigos es combinado y general, y que no solo por las armas sino por la intriga y seducción, que en todas partes introducen con fruto, garantizan su proyecto.

De aquí es que no podemos contar con otros sucesos que los que nos ofrece la suerte de las armas por tierra; y como éstos han de ser cuando San Martín quiera, en fuerza de la latitud del territorio y de una costa abierta, es visto que nada en grande podemos hacer con utilidad, y que por el contrario nos vamos

debilitando cada día, faltos de recursos, y llegamos por pasos cabales al término de la ruina.

Es de creer que Güemes, pasada la actual situación de las aguas, avance al Perú, y que San Martín, siguiendo su sistema de correrías venga a algún punto de las costas de Arequipa. (Olarte, 2019, pp. 356-360)

Efectivamente, para los realistas era fundamental invadir el noroeste argentino para evitar el ataque de Güemes en apoyo a las operaciones de San Martín. El 27 de abril se desarrolló la batalla de León, donde Marquiegui y casi 500 de sus hombres fueron tomados prisioneros por el general Juan Ignacio Gorriti. Sin embargo, fuerzas del general Valdez avanzaron sigilosamente por el camino del Despoblado e ingresaron por sorpresa a la ciudad de Salta el 8 de junio de 1821. Sus tropas rodearon la manzana donde se encontraba la casa de Güemes. El caudillo de caudillos intentó abandonar la ciudad, pero fue sorprendido por una de las partidas que lo hirió. Pese a ello logró internarse en el monte, falleciendo a causa de las heridas recibidas el 17 de junio de 1821. Al enterarse de las heridas de Güemes, el jefe realista envió unos emisarios que llegaron adonde el prócer estaba herido:

Envióle enseguida no más un nuevo parlamento, prometiéndole garantías, honores, empleos y cuanto quisiere, siempre que él y sus tropas rindieran las armas al rey de España. Los parlamentarios llegaron nuevamente a su lecho. Güemes escuchó con calma la proposición y terminada esta, incorporándose, levantó en alto la voz y con marcial expresión reclamó, dirigiéndose a su segundo en el ejército: Coronel Vidt; itome usted el mando de las tropas y marche inmediatamente a poner sitio a la ciudad y no me descance hasta no arrojar fuera de la Patria al enemigo! Y volviéndose hacia el parlamentario: Señor oficial, le dijo, arrojándolo con un ademán de su presencia, está usted despachado (...). Martín Miguel de Güemes expiró el 17 de junio de 1821 en la Cañada de la Horqueta. Frías nos dice que antes de morir reunió a Vidt y a sus gauchos a quienes expresó: Juradme que moriréis todos como yo muero antes de capitular con los españoles. Fue el único jefe del ejército que falleció como consecuencia de una herida de bala recibida en la guerra por la emancipación. Y murió tras diez días de agonía en pleno campo y sin poder despedirse de su mujer y de sus hijos, a quienes amaba entrañablemente (...). (Colmenares, 1998, pp. 240-246)

Así terminó su vida, tal como la había vivido, uno de los próceres más importantes de nuestra historia. Sin embargo, su sacrificio no fue en vano. El 22 de junio de 1821 Olañeta ingresó a Salta con 1200 hombres, pero nuevamente las milicias gauchas lo obligaron a retirarse, abandonando la ciudad el 14 de julio. En el momento de su muerte, Güemes estaba apresantando una fuerza de más de 5000 hombres con el fin de avanzar hacia el Alto Perú para presionar a los realistas, apoyando las operaciones del Ejército de San Martín en el sur y el centro del Perú. El 9 de julio de 1821 el general San Martín ingresó a Lima y el 28 de julio fue proclamada solemnemente la independencia del Perú. El sacrificio de Güemes no había sido en vano.

Bibliografía

- Biondo, E. (1989). *Alto Perú. Insurrección, libertad e independencia*. Buenos Aires: Rivolin Hermanos.
- Busaniche, J. L. (1995). *San Martín vivo*. Buenos Aires: Nuevo Siglo.
- Colegio Militar de la Nación (1973). *Atlas histórico-militar*. Buenos Aires: Ejército Argentino.
- Colmenares, L. O. (1998). *Martín Güemes. El héroe mártir*. Buenos Aires: Ediciones Ciudad Argentina.
- Ejército Argentino (1997). *Síntesis de las guerras y campañas del Ejército Argentino*. Buenos Aires: Jefatura III de Operaciones. Servicio Histórico del Ejército.
- Figuroa Güemes, M. (1971). *La guerra de Güemes*. Buenos Aires: EU-DEBA.
- García Camba, A. (1946). *Memoria para la historia de las armas realistas en el Perú*. Madrid: Sociedad Tipográfica de Hortelano y Cía.
- Ibarguren, C. (1950). *San Martín íntimo*, Buenos Aires: Peuser.
- Miller, J. (1997). *Memorias del General Miller*. Buenos Aires: Emecé.
- Mitre, B. (1946). *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires: La Nación.
- Newton, J. (1986). *Güemes. El caudillo de la guerra gaucha*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Pacífico Otero, J. (1978). *Historia del Libertador Don José de San Martín*. Tomo II. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Palacio, E. (1965). *Historia de la Argentina*. Buenos Aires: Peña Lillo.
- Senado de la Nación Argentina (1963). *Biblioteca de Mayo. Colección de Documentos para la Historia Argentina*. Buenos Aires: Imprenta del Congreso Nacional.
- Sierra, V. (1984). *Historia de la Argentina*. Tomo IV. Buenos Aires: Editorial Científica Argentina
- Torre Revello, J. (1974). *Selección de documentos relativos al Libertador Don José de San Martín*. Buenos Aires: Instituto Nacional Sanmartiniano.
- Olarte, J. G. (2019). *Las operaciones de inteligencia del general don José de San Martín en la guerra de la emancipación sudamericana*. Buenos Aires: Comisión de la Tropa Técnica de Inteligencia.
- Pasquali, P. (2000). *San Martín confidencial*. Buenos Aires: Planeta.

- Weimberg, G. (2001). *Epistolario belgraniano*. Buenos Aires: Taurus.
- Zago, M. (1995). *José de San Martín. Libertador de América*. Buenos Aires: Instituto Nacional Sanmartiniano.
- Zago, M. (1999). *Manuel Belgrano, los ideales de la Patria*. Buenos Aires: Manrique Zago Editores.